

SILLARES

Revista de Estudios Históricos

Volúmen 4, número 8, Enero-junio 2025



UANL



CENTRO DE
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
NUEVO LEÓN

Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

*René Capistrán Garza: el contrarrevolucionario
mexicano que pasó a ser partidario de la
Revolución*

**René Capistrán Garza: the Mexican
counterrevolutionary who became a supporter of
the Revolution**

Juan González Morfín

<https://orcid.org/0000-0002-7278-7872>

Universidad Panamericana
Ciudad de México, México

Recibido: 9 de noviembre de 2023

Aceptado: 19 de diciembre de 2024

Editor: Adela Díaz Meléndez. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2025, González Morfín, Juan. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares4.8-123>

Email: jgonzalem@up.edu.mx

René Capistrán Garza: el contrarrevolucionario mexicano que pasó a ser partidario de la Revolución

René Capistrán Garza: the Mexican counterrevolutionary who became a supporter of the Revolution

Juan González Morfín
Universidad Panamericana
Ciudad de México, México
<https://orcid.org/0000-0002-7278-7872>

Recibido: 9 de noviembre de 2023
Aceptado: 19 de diciembre de 2024

Resumen: Este trabajo busca rescatar algunos rasgos biográficos de un personaje importante en la vida pública del país, tanto por su participación en la lucha cívica de los católicos, como por su labor periodística. El artículo destaca su época de ferviente contrarrevolucionario para después mostrar su lucha por hacer ver compatibles los ideales de la Revolución con aquellos de la doctrina católica. Para ello, la investigación se centra en frases textuales de sus discurso y escritos posteriores que permiten observar cómo el contacto –primero en la prisión y después en el destierro–, con personas que no compartían sus convicciones, le fue ayudando a flexibilizar su postura radicalmente contrarrevolucionaria hasta convertirlo en un entusiasta defensor de la armonía, según él existente, entre los postulados de la Iglesia y los de los gobiernos revolucionarios.

Palabras clave: Revolución; Iglesia católica; política; lucha; actividad periodística.

Abstract: This article seeks to rescue some biographical features of an important person in the public life of the country, both for his participation in the civic struggle of Catholics, and for his journalistic work. The article highlights his time as a fervent counterrevolutionary and later it shows his struggle to make the ideals of the Revolution compatible with those of Catholic doctrine. For this, the research focuses on textual phrases from his speech and later writings that allow us to see how the contact, first in prison and later in exile, with people who did not share his convictions helped him to relax his radically counterrevolutionary position to make him an enthusiastic defender of the harmony, according to him existing, between the postulates of the Church and those of the revolutionary governments.

Key words: Revolution; Catholic Church; politics; struggle; journalistic activity.

Introducción

Un personaje que con frecuencia es ligado a los grupos políticos de derecha de las primeras décadas del siglo pasado es René Capistrán Garza, individuo polifacético y todavía poco estudiado, no obstante que su nombre aparece muchas veces en cualquier estudio sobre el levantamiento armado conocido con el nombre de guerra cristera.

En general, el estudio individual de los dirigentes del movimiento cristero es una asignatura pendiente, por más que haya algunos estudios sobre Miguel Palomar y Vizcarra y Enrique Gorostieta. Sobre otros, como René Capistrán Garza, Rafael Ceniceros y Villareal y Andrés Barquín y Ruiz, por mencionar algunos, encontramos unas cuantas menciones y breves semblanzas biográficas en obras de carácter general. Esto se explica en parte porque, de ordinario, la historia de los vencidos suele permanecer en el olvido, pero, sobre todo, porque el tema de la cristiada, a la que estos estuvieron ligados, se mantuvo durante varias décadas casi inexplorado por la historiografía profesional.

El actual trabajo comienza por describir la etapa de Capistrán Garza como líder de asociaciones católicas que aspiraban a hacerse del poder político y deja para posteriores estudios su faceta de periodista y de católico contestatario a las reformas postconciliares. Se detiene especialmente en un documento escrito por él mismo en el que explica cuál fue su desempeño en el movimiento cristero, que es su faceta más conocida. Esta carta, escrita en 1959 al historiador y polemista Antonio Rius Facius,

es especialmente interesante por la oportunidad de los datos que aporta sobre el inicio del movimiento cristero a treinta años de su conclusión. Inmediatamente después, se pasa al estudio de la evolución interna que llevó a Capistrán a cambiar diametralmente su opinión negativa sobre los postulados revolucionarios y a convertirse en un defensor y admirador de la Revolución mexicana sin abandonar sus convicciones religiosas. Con este estudio, se pretende contribuir al mejor conocimiento de uno de los personajes que, por encontrarse en el grupo de los vencidos, no han encontrado tanto eco en la historiografía nacional.

1. Rasgos biográficos

En un manuscrito de los años treinta de Baltazar Dromundo, se describe a Capistrán como “un formidable agitador de masas, dialéctico, un tanto impreparado, con un valor civil como podemos encontrar pocos casos en la oposición (...). Es uno de los deportados católicos”. Muchos años después de su etapa de líder juvenil, Capistrán seguía siendo recordado sobre todo por sus dotes oratorias.

Para todo esto, nuestro personaje había nacido en el puerto de Tampico, en 1898. Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Nacional. Desde antes de llegar a la mayoría de edad, fue un connotado activista de las juventudes católicas. También muy joven se inició en sus labores periodísticas y a los veinte años lo encontramos ya como director de la revista trisemanal *El Futuro*. Su labor en los años veinte-treinta, será abordada en

las páginas de este trabajo, por lo que ahora la obviamos. Más tarde, ya en los años cuarenta y cincuenta, fue conocida su labor de redacción en el periódico *Novedades* y, posteriormente, en *El Universal*. Además de haber sido un gran orador en sus años de juventud, se destacó en su labor periodística por ser un gran polemista. Esa misma característica la imprimió en sus ensayos políticos y religiosos, lo cual se aprecia incluso en sus títulos: *Caos en la Iglesia y traición al Estado*, entre otros. Murió en la Ciudad de México en 1974.

2. Fogoso dirigente de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM)

El 2 de febrero de 1913, apenas unos días antes de que se iniciara la Decena trágica, el arzobispo de México acudió a bendecir con toda solemnidad el Centro de Estudiantes Católicos, una agrupación que, originalmente, pretendía solo proporcionar a los jóvenes católicos algunos elementos de cultura para “sostener y defender con éxito los principios cristianos en las aulas”; sin embargo, en poco tiempo, se orientó a la creación de estructuras que permitieran a los católicos influir en la arena pública. Entre sus fundadores se contó el joven Capistrán Garza que, a la sazón, contaba con solo 15 años.

Este Centro, junto con otros centros estudiantiles que ya existían, se unieron en una especie de confederación con las congregaciones marianas que venían siendo promovidas por los jesuitas desde años atrás y dieron lugar a la Asociación Católica

de la Juventud Mexicana (ACJM) en agosto de 1913, habiendo redactado sus estatutos el sacerdote jesuita Bernardo Bergoend.

Al formarse el primer Comité Central de la ACJM en 1918, fue electo como primer presidente René Capistrán Garza. Justo en ese año, la ACJM tuvo parte activa en la organización de los católicos jaliscienses para hacer derogar una ley que limitaba el número de sacerdotes permitidos en aquel estado.

Hacía compatibles sus trabajos en la Asociación con su trabajo de periodista al frente de la revista quincenal *El Futuro*, desde la que constantemente se criticaba el gobierno del presidente Venustiano Carranza.

Fue precisamente una crítica moderada a la represión de los villistas que efectuaba entonces el régimen carrancista lo que lo llevó en el año 1919 a un “viaje de rectificación”, es decir, a ser secuestrado por emisarios del gobierno y enviado al frente, junto con otros periodistas disidentes, para que por su propia experiencia comprobara los esfuerzos que hacía el ejército oficial en la pacificación del país. “Porque a ustedes, los periodistas, les hacen falta estas lecciones para que aprendan a echarse nudos en la lengua antes de soltar el trapo diciendo cuantas majaderías se les ocurren”, le espetó Manuel M. Diéguez, a su llegada a Chihuahua.

En estos meses de libertad condicionada –pues, durante el día, podía moverse dentro del perímetro que se le permitía–, tuvo ocasión de convivir con Emilio Portes Gil, que se encontraba en circunstancias parecidas por su actividad en favor de Obregón, así como con algunos otros periodistas.

Una vez que pudo librarse de su prisión sui generis, participó en la fundación del Partido Nacional Republicano, que se aprestó a competir contra el general Álvaro Obregón en las elecciones de 1920 postulando al revolucionario Alfredo Robles Domínguez.

En la convención de dicho partido, Capistrán consiguió que los delegados pusieran en el programa electoral que, de ganar las elecciones, se derogaría la Constitución de 1917. A la postre, las elecciones dieron como vencedor al general Obregón con un amplísimo margen de ventaja sobre sus contrincantes.

Su fama de orador incendiario se puede ver bien ganada en la lectura de sus discursos. Por ejemplo, en una reunión del Consejo de la ACJM, Capistrán afirmaba lo siguiente:

Sobrevino la Revolución y formó sus cuadros y sus filas con el hijo más malo de cada familia, y se entabló desde entonces una lucha política y económica formidable que carece de ideales; y toda lucha política que carece de ideales, engendra la muerte de las libertades, la vida de las tiranías, la indisciplina popular y hasta la pérdida de la nacionalidad. ¡Y toda lucha económica que carece de ideales trae consigo la abundancia de sangre y la Revolución mató los ideales!

Como se verá más adelante, con el tiempo su visión sobre la gesta revolucionaria habría de cambiar bastante.

En 1923, Capistrán renunció a la presidencia de la ACJM para competir por una diputación en el primer distrito electoral

de la Ciudad de México y perdió las elecciones. Sin embargo, ya no volvió a la presidencia de la asociación que tuvo a bien darle el cargo de “presidente honorario” a partir de octubre de 1924.

3. Del Partido Nacional Republicano a la Liga Política Nacional y a la LNDLR

Sin dejar su vocación periodística, Capistrán conjugaba la propaganda católica con la actividad política. De hecho, en él todo era la misma cosa, pues pertenecía a ese grupo de católicos que entendían la política como un espacio para extender su religión y la religión como un instrumento para escalar en política mediante el voto corporativo. No fue extraño, por eso, que algunos católicos que pensaban que la religión y la política pertenecían a esferas distintas y debería existir una sana separación entre ambas, no simpatizaran con Capistrán y su grupo. Uno de estos, el canónigo tapatío Antonio Correa, relata en una carta al vicario general de Guadalajara que, cuando Capistrán fue a dicha ciudad para fundar la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), le había espetado lo siguiente:

Si ustedes son hombres y realmente buscan el el bienestar del pueblo, láncense a la lucha sin bandera religiosa. Arrostrén ustedes solos las consecuencias, pero, por amor a Dios, no quieran escudarse en nuestros obispos; hartos males le han ocasionado a la Iglesia los políticos, y serán tremendas las consecuencias que esta empresa ocasione.

Luego del fracaso en las elecciones federales de 1920 y 1923 con el Partido Nacional Republicano, Capistrán Garza,

junto con Miguel Palomar y Vizcarra y otros políticos católicos se dieron a la tarea de formar la Liga Política Nacional, organización que apoyó la candidatura presidencial del general Ángel Flores en contra de Plutarco Elías Calles. Flores no ganó, pero la autoridad electoral le reconoció un gran número de votos y sus partidarios, incluido Capistrán, hicieron sondeos para llamar a un levantamiento armado que, a fin de cuentas, no se dio.

En 1925, luego del apoyo táctico del gobierno de Calles al intento de cisma iniciado en febrero en el templo de La Soledad, los católicos partidarios de unificar las diferentes organizaciones religiosas para sus fines políticos encontraron un pretexto inmejorable: la defensa de la religión. Y así nació la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa que, con el apoyo de algunos obispos, se convirtió en el canal para encauzar los esfuerzos de las asociaciones católicas de toda índole a fin de hacerlo de manera eficaz. Rol que le fue disputado, al menos en sus inicios, por una organización secreta conocida como la U, que optó rápidamente por mejor unirse a la Liga para infiltrarla y aprovecharse de sus logros.

En el primer Comité Directivo de la Liga, René Capistrán Garza quedó como vicepresidente. Es quizá interesante resaltar que había sido presidente de la ACJM cuando tenía solo 20 años y ahora, a los 27, era elegido como vicepresidente de la Liga. Su prestigio, pues, como líder católico, no solo no había decaído, sino que continuaba en aumento.

La Liga en muy poco tiempo comenzó a organizar actividades de resistencia pacífica –y no tan pacífica– a las acciones emprendidas por los partidarios de la iglesia cismática para apoderarse de nuevos templos, incluida la Basílica de Guadalupe. El incidente más grave ocurrió en Aguascalientes en donde los cismáticos intentaron apoderarse de la emblemática iglesia de San Marcos el 28 de marzo de 1925 y se armó un zafarrancho en el que tuvo que intervenir la autoridad. Los católicos se atrincheraron en el templo y repelieron una carga del ejército que, a juicio de estos, venía a consumir el despojo de la iglesia. Finalmente tuvieron que entregarse. El saldo había sido de varios muertos, entre ellos, dos soldados. El presidente Calles y el secretario de Gobernación Valenzuela responsabilizaron a la Liga de haber organizado la reacción armada de los católicos.

En el mes de agosto, Gilberto Valenzuela fue sustituido en Gobernación por el veracruzano Adalberto Tejeda, “furiosamente anticlerical” y, a juicio de Ernest Lagarde, “uno de los enemigos más implacables y más terribles de la religión católica”. En diferentes foros el general Calles expresó su disgusto por la formación de la Liga, en la que veía a muchos políticos católicos de los que habían hecho todo lo posible para evitar que llegara a la presidencia sirviéndose ahora de la bandera religiosa para ganar terreno en la política.

La Liga, con la ayuda de las estructuras eclesiásticas, incluida la ACJM, y de lo que quedaba de organización de los extintos partidos políticos oficial u oficiosamente católicos

—esto es, del Partido Católico Nacional, del Partido Nacional Republicano y de la Liga Política Nacional—, y aliándose con otras asociaciones cívicas confesionales, como la Unión Popular, consiguió un crecimiento exponencial en muy poco tiempo. Así, “hallándose rápidamente a la cabeza de una inmensa tropa allegada con demasiada facilidad, pasó de la defensiva a la ofensiva, con la intención de tomar el poder y de ejercerlo por entero”.

4. Proyección de Capistrán y descubrimiento de sus propios límites en el levantamiento armado

Entre enero y agosto de 1926 se precipitaron los acontecimientos: el 7 de enero el presidente Calles obtuvo poderes extraordinarios para reformar el código penal; el 4 de febrero el arzobispo Mora y del Río declaró que los católicos lucharían porque se modificaran los artículos constitucionales que limitaban la libertad religiosa; en respuesta, Calles hizo aplicar algunos de ellos y expulsó al clero extranjero, cerró las escuelas particulares, confiscó seminarios y conventos, presionó a los estados para que limitaran el número de ministros de culto autorizados y, finalmente, el 14 de junio dio a conocer su reforma al código penal que sería publicado oficialmente el 2 de julio y entraría en vigor el día último de este mes. Con esta adición al código penal, se buscaba perseguir penalmente el incumplimiento de las leyes anticlericales ya existentes.

La Liga reaccionó con un boicot económico, presentó un memorial al congreso con más de dos millones de firmas y se dio a la tarea preparar a los seculares para una defensa armada de los

derechos que se les estaban negando. Al mismo tiempo, envió a Capistrán Garza a los Estados Unidos para conseguir apoyo económico de los católicos estadounidenses. Acostumbrado como estaba desde que tenía 18 años a ser jefe, aceptó la encomienda y pasó a los Estados Unidos para buscar apoyo militar y económico. Muchos suspicaces concluyeron que René había lucrado con este encargo y que había existido una malversación de fondos; sin embargo, sus propias confesiones y la correspondencia privada de esos años permiten ver que no lo pasó del todo bien desde el punto de vista pecuniario, sino que se desarrolló en medio de estrecheces y carencias.

En efecto, desde su llegada a los Estados Unidos, sus gestiones apenas le permitieron sobrevivir. La Liga y él mismo esperaban de los católicos norteamericanos un gran apoyo económico, pero los obispos no estaban dispuestos a mezclarse en levantamientos armados. El obispo de Galveston le ayudó con diez billetes de diez dólares para sus gastos más inmediatos; con otros –relata Bailey– consiguió también cantidades irrisorias: veinte, treinta, cincuenta dólares. El prelado de Boston, por su parte, le sugirió abandonar el proyecto de la Liga y buscarse un trabajo, le negó cualquier ayuda económica y le ofreció recomendarlo para conseguir un empleo.

Otro de los propósitos para los que había sido enviado fue el de explorar una alianza estratégica con el general Enrique Estrada, quien había sido secretario de Guerra con Obregón y se encontraba exiliado por haber participado en la rebelión

delahuertista. La Liga tenía noticias de que preparaba una gran expedición armada con el apoyo del felicismo y de un gran número de expatriados que estaban disgustados con el gobierno de Calles. El acercamiento con Estrada no se dio sencillamente porque, antes de que Capistrán se reuniera con él, este había sido hecho prisionero en Estados Unidos por violar las leyes de neutralidad.

Entre tanto, la Liga continuaba los pasos para convocar a un levantamiento armado general por parte de los católicos que, a nivel de algunas localidades, ya se habían levantado contra el gobierno de Calles. Así, en noviembre obtuvo del episcopado el compromiso de no condenar el levantamiento armado, si se optaba por este como último recurso y, a pesar de hallarse en Estados Unidos, Capistrán fue designado general en jefe del levantamiento. Años después, el propio Capistrán reconocía la precipitación e irresponsabilidad con que se había actuado:

Mi sorpresa por el acuerdo de ir al movimiento armado se explica por estos antecedentes: un grupo de dirigentes de la juventud católica jefaturada por mí, habíamos sostenido desde cuatro o cinco años la conveniencia de prepararnos en todos los aspectos –físico, moral y económico– para la emergencia de tener que acudir a las armas en una acción no política, sino defensiva de la libertad religiosa. La acción anticatólica de un régimen profundamente lastimado con los católicos por los errores políticos cometidos por estos antes y después de la injusta caída de Madero, culminó en la época de Calles. Esa culminación la vimos venir los jóvenes desde lejos. Por eso pugnábamos por una preparación adecuada para una

defensa adecuada. Nunca se nos hizo caso. Por el contrario, se nos tildaba de inquietos, de ambiciosos, de descentrados, se nos atribuía gran peligrosidad, imputándonos tener planes políticos a los que era ajena la Iglesia, y no objetivos en defensa de su libertad, cosa a la que no somos ni podemos ser ajenos los católicos. Con esos antecedentes me pareció un enorme disparate resolver, de buenas a primeras, ir a la “resistencia armada”.

Aunque no en masa, como esperaba la Liga para los primeros días de 1927, diversos grupos de católicos se fueron levantando en armas, especialmente en el occidente del país, con muy pocos medios materiales. De poco les servía a estos tener nombrado un comandante en jefe que luchaba por sobrevivir en el extranjero, por lo que, a mediados del año, Capistrán dejó de ser el jefe del movimiento sin haber realmente llegado a ejercer nunca esa jefatura.

A pesar de su escasa participación, al menos directa, en el movimiento armado, así como de la explicación que da él mismo sobre el papel que jugó, no faltan acusaciones en el sentido de que “la Liga se había lanzado a la defensa armada por un verdadero engaño de Capistrán Garza a sus directores en México”. Esto era así, a juicio de sus acusadores, porque no se contaba con los recursos necesarios para emprender una campaña en condiciones de éxito, justamente lo que él mismo Capistrán afirma haber esgrimido ante los directores de la Liga.

Si ya antes había pasado penurias económicas, a partir del momento en que se deslindó de la Liga, su situación se agravó y

vivía de lo que buenamente podía conseguir con sus colaboraciones en periódicos dirigidos a los mexicanos en el exilio. En agosto de 1929, le escribía al arzobispo Orozco y Jiménez:

Me es grato por la presente manifestarle que he recibido a mi entera satisfacción la cantidad de \$500 dollars, que V. S. Ilma. ha tenido la amabilidad de prestarme para mi negocio, y debo hacerle presente mi agradecimiento por tan señalado servicio.

Además, quiero hacer constar que en el plazo de seis meses, a contar de la fecha, cubriré a V. S. Ilma. la cantidad indicada.

Quizá porque esto le molestaba tanto cada vez que se le acusaba de haber dilapidado el dinero de la Liga y el que había recibido de los católicos estadounidenses.

Carlos Blanco Ribera, quien fuera compañero de lides y admirador de Capistrán, piensa que su fracaso en Estados Unidos se debió a la falta de una sólida preparación humanística que él entreveía en René:

Desgraciadamente Capistrán no había desarrollado entonces su talento político al nivel de sus capacidades, de allí que al lado de los golpes de grande altura tuviera verdaderas trivialidades. Y si se hubiera nutrido con pasión y constancia con los textos clásicos de los grandes políticos y oradores de todos los tiempos y de hubiera dado una preparación intelectual universal adecuada, René habría abierto un surco luminoso en nuestra historia.

Independientemente de la mayor o menor validez de esta apreciación, una afirmación de este autor que está probada por los hechos es que hubo un antes y un después en

el papel de intermediación de la Liga ante los diferentes actores norteamericanos, pues en los días en que el representante de los cristeros fue Capistrán, se mantuvo la esperanza viva de que algo se podría obtener de los vecinos del norte, pero cuando fue relevado de su cargo “esta representación cayó en manos de algunas figuras borrosas y se hundió en un verdadero pantano por la inmovilidad, el color gris y la insignificancia”.

5. Cambio de mentalidad y regreso a México

Al igual que el viaje de rectificación al que había sido llevado por la fuerza en el periodo carrancista, ahora el destierro le serviría para entender mejor a las personas que no compartían sus mismos puntos de vista: “En la escuela del destierro aprendía lo que nunca hubiera podido enseñarme, ni nunca me enseñó, la Universidad. La perspectiva que el pasado y el presente ofrecen desde país extraño. El panorama histórico que se observa desde fuera de la patria, al margen de las pasiones vividas. Los afectos creados no al calor, sino al frío glacial de la expatriación, con militantes de otras ideas –también en desgracia– son la mejor de las cátedras y la más auténtica enseñanza teórica y experimental”.

Su regreso a México lo hizo sin prisas, sin embargo, a partir de 1931 comenzó a hacer gestiones ante el servicio exterior mexicano para ver cuándo podría darse el momento oportuno. Es verdad que, a inicios de los años treinta, su situación general había mejorado y había alcanzado “una cierta reputación y status en San Antonio”. En diversos escritos, Capistrán ha mencionado

que su destierro duró once años, por lo que podemos situar su reingreso alrededor del año 1938.

A inicios de los años cuarenta, encontramos a Capistrán establecido nuevamente en México y colaborando con el periódico *Novedades*, del que llegó a ser director. En esos momentos, se encontraba física y emocionalmente separado de los que habían sido sus correligionarios en la Liga, mas no así de los de la ACJM. Con la jerarquía católica guardaba una respetuosa distancia, pero de esta década existe una correspondencia cordial con el arzobispo Luis María Martínez.

En su carta a Rius Facius de 1959, Capistrán resalta su dedicación al periodismo:

Soy periodista de profesión. Durante cuarenta años he hecho una incesante defensa de la Iglesia contra todos sus enemigos de dentro y de fuera. En “La Prensa”, de San Antonio, Texas; en “La Opinión”, de Los Ángeles, California; en “Diario de la Marina” y “El País”, de La Habana. En la dirección de “Novedades”, de “Prensa Gráfica” y de “Atisbos”, en México. Y en gran número de periódicos mexicanos y extranjeros en los que he colaborado, incesantemente he hecho labor católica, firmemente católica, inquebrantablemente católica. Solo que esta labor de cuarenta años ha modificado sus cauces, por las experiencias adquiridas y las observaciones realizadas.

Esos cauces distintos de defender a la Iglesia católica tenían que ver con su cambio de perspectiva en relación con la ideología revolucionaria, de la que había sido acérrimo crítico y ahora la veía completamente imbuida de principios cristianos. Muchos de sus artículos publicados en *Novedades*, *Prensa gráfica*, *Atisbos* y *El*

Universal, dan fe de la defensa que hacía de cómo la Revolución mexicana se hallaba permeada de principios cristianos.

6. Un converso a la ideología revolucionaria

Sus primeros pasos en la arena pública, como se ha visto, lo sitúan en el ala más encendidamente contrarrevolucionaria. Así se observa, por ejemplo, en un discurso pronunciado con ocasión del Primer Consejo Federal de la ACJM en 1922, en el que René arengaba a las masas de jóvenes católicos, como era su costumbre, con palabras que desde que había comenzado su activismo político en 1913 no habían cambiado mucho:

Sesenta años de liberalismo que parecía haber penetrado hasta la médula del pensamiento nacional; la obra de descristianización planteada durante la Reforma por Juárez y continuada habilísimamente después, había logrado suprimir casi completamente toda manifestación pública de vida religiosa y había matado, al parecer para siempre, todo esfuerzo viril y toda orientación definida; el catolicismo fue bárbaramente batido en brecha, se le arrojó de la vida pública, se le excluyó de la calle, se le hizo refugiarse en el interior de los templos y esto, como un favor especialísimo, como una migaja de libertad que la tiranía del liberalismo se dignaba conceder desde la cúspide de su satánica soberbia; ser católico en aquellos tiempos y serlo sobre todo fuera de su casa, era algo que no encajaba bien dentro de aquel cuadro, cuyo marco lo hacían la depravación de los unos y la cobardía de los otros.

Este tópico de que la mayoría de los católicos por cobardía no participaban en política ha sido recurrente en quienes simpatizan con la idea de ver agrupados a los católicos en un

partido oficial u oficiosamente católico con una intervención mayor en la vida pública, supuestamente con el fin de permear las leyes y la vida de la sociedad del pensamiento social católico. Por eso, desde esa óptica particular, Capistrán también denunciaba en ese mismo discurso:

Para tomar parte en la cosa pública del país, los católicos tenían que poseer una doble personalidad y vivir una doble vida: ellos, allá en el fondo, pero muy en el fondo de sus conciencias, podían conservar y mantener su fe, el régimen liberal no se metía con eso y respetaba el santuario de sus conciencias, con la condición de que esas conciencias no fueran tan exigentes que quisieran inmiscuir sus ideas y sus creencias y sus principios en los asuntos públicos que venían a ser como patrimonio exclusivo por derecho propio, del sacrosanto liberalismo; y así, si un católico era honrado con un puesto en la administración, por regla general tenía que despojarse de su catolicismo a la puerta de su casa para poder transitar por las calles en calidad de gobernante.

Más todavía que las palabras con las que fustigaba a los católicos que no participaban en el terreno de la política, eran las que usaba para describir la Revolución como una suma de todos los males que podrían reunirse en un solo evento histórico:

Sobrevino el desastre; puestas las causas tuvieron que seguirse inevitablemente los efectos; la Revolución estalló, volcando todo lo malo, todo lo corrompido que se había formado al amparo protector del liberalismo y con la complicidad de su régimen. Querían un pueblo sin Dios y sólo consiguieron algunas hordas de bandidos; querían una nación sin religión, una patria sin historia, una civilización sin moral, y no tuvieron sino el desastre, el fracaso, la caída.

En años de relativa paz, pues en abril de 1922 el país era gobernado por Obregón sin siquiera intentar la aplicación de los puntos más álgidos de la Constitución de 1917, Capistrán arremetía contra la Revolución como si en esos días hubiera ya estallado la persecución de Calles y sublimaba la participación de la ACJM en la lucha contrarrevolucionaria:

La Revolución, que no es, en suma, sino el liberalismo desembozado, el sectarismo en toda su crudeza, el “non serviam” en toda su soberbia; la Revolución, que no es, en suma, sino el Estado sin Dios, vino tan brutalmente a sacudir los espíritus, quiso tan bárbaramente extremar la tiranía, intentó de tan odioso modo ahogar a la Iglesia, que todo lo que quedaba de fuerza viril y de espíritu cristiano, vigorizado, robustecido y templado a los golpes del dolor y del sufrimiento, surgió encendido de amor a Cristo, y surgió principalmente ahí donde era menos creíble, ahí donde más rudamente se le había combatido, ahí donde más completo parecía el naufragio: en la juventud. Tal parece que la Providencia quiso hacer patente y clara su intervención y señalar el camino.

Sin embargo, años después escribiría algunas ideas en las que rectificaba completamente esta posición y llegaba a descalificar como mentiras y prejuicios malévolos sus afirmaciones anteriores:

No es la fuerza de la verdad, sino la fuerza que el tiempo otorga a las mentiras, sustentadas durante muchos años como verdades, lo que hace sumamente difícil arrancar desde la raíz tantos juicios y prejuicios equivocados, malévolos y destructivos que han mantenido a México, en el orden de las ideas y de los hechos, partido en dos bandos irreconciliables y en dos concepciones opuestas de nación, haciendo cada

uno de esos bandos su parcela de patria, su predio nacional privado, su coto propio, con un ideario particular y hasta con dos olimpos sagrados en donde encasillan unos y otros a sus dioses exclusivos. Y lo más doloroso del caso es que quienes son dioses en un olimpo, son demonios en el otro.

A simple vista, es una crítica muy seria al bando radical en el que militó por una quincena de años. La rectificación tiene más valor viniendo de alguien que hasta hacía tan poco tiempo había sido un convencido partidario de esa lucha y esa postura antagónica, de esa descalificación a todos los que no pensarán en la misma línea que él y sus correligionarios. Sin duda, muchas cosas habían cambiado en su forma de percibir la realidad del país, lo que no había cambiado tanto era la vehemencia con la que defendía su postura y la forma apasionada en que demolía a sus adversarios. También permanecieron siempre en sus afirmaciones su rechazo a los sistemas políticos originados en las ideas de Marx, esto es, al socialismo y al comunismo en cualquiera de sus formas, así como su antipatía por el presidente Calles y su régimen, al que habría de concebir como una deformación del verdadero espíritu revolucionario, imbuido este, según su nueva forma de ver las cosas, de la caridad cristiana y de sus aspiraciones más elevadas de justicia social, lo cual, por otra parte, no siempre ha sido practicado por los católicos:

No siempre la doctrina social católica ha sido aplicada en la práctica por los mismos católicos. Más frecuentemente es que la profesemos en teoría y la neguemos en los hechos. La Revolución

Mexicana, imponiendo a latigazos la tesis social católica, cometió ciertamente muchos desmanes; pero a ese precio la hizo operante, la hizo realidad.

Así, para Capistrán, no cabía duda que las principales reformas sociales promovidas por la Revolución, eran de matriz católica: “Los revolucionarios fueron, por instinto, los brazos ejecutores de la doctrina de Cristo que desgraciadamente había caído en el vacío de un catolicismo intrascendente”.

Hacía el mismo reproche al catolicismo internacional: “Si los católicos de su tiempo hubieran secundado en la acción práctica la doctrina formulada por León XIII, no habría comunismo en el mundo y en México no habría sido necesaria la Revolución, con toda su rudeza y toda su crueldad, para que los católicos entendiéramos que León XIII tenía razón”.

De ahí que, a su juicio, todas las diferencias que en los años posteriores a la Revolución se habían venido dando entre católicos y revolucionarios, tenían su origen en cuestiones de forma, más que de fondo, o bien en posturas preconcebidas que no se abrían a la verdad: “En política, como en todo, es muy saludable defender la verdad, a condición de que primero se conozca la verdad”. No les faltaba a sus argumentaciones la ironía y la contundencia que siempre había utilizado: “Más que en ninguna otra materia, en política es necesario saber leer y escuchar. Porque hay quienes, cuando leen, lo único que asimilan son los márgenes y los índices”. De ahí es de donde viene la

terrible confusión entre lo que es accidental y lo que no: “La pugna –a veces sangrienta– establecida entre la Revolución Mexicana y el catolicismo, se debió a causas políticas mucho más que a tesis doctrinarias. Es decir, se produjo por motivos transitorios y no permanentes, accidentales y no esenciales”.

Un claro ejemplo de esto último fue el problema que se suscitó en el gobierno de Calles originado, a juicio de Capistrán, en la falta de tacto político de este y del grupo que lo seguía: “El callismo fue la conclusión lógica de dos posturas ilógicas. La de los revolucionarios radicales y la de los católicos conservadores”. A estos últimos, con su actitud intransigente, el callismo les dio

la gran oportunidad para rehacer su vida cívica, para purgar por las propias culpas, para volver por los fueros de la dignidad ultrajada, y para demostrar al pueblo y a los revolucionarios mismos, que los católicos, a su vez, son capaces de tomar en sus manos la bandera libertaria de aquella.

Los que en aquella coyuntura tomaron las armas, no hicieron otra cosa que retomar los principios que inspiraron la Revolución: “volvimos a la sangre de Madero, ultrajada por Huerta y por Calles, y dimos a la Revolución un contenido casi divino” “En nombre de los mismos ideales libertarios de la Revolución, los cristeros se rebelaron contra Calles. No lo hubieran hecho contra el porfirismo, [pero] la Revolución había revelado algo que los católicos parecíamos tener en el olvido: que la libertad es preciso conquistarla”.

Si bien es verdad que en algunas de estas afirmaciones resuena la emotividad propia de sus primeros discursos, hay que aceptar que, como él mismo lo admitía, su pensamiento había evolucionado hacia una visión sincrética –quizá demasiado– del catolicismo y los ideales revolucionarios: “La fe católica y la Revolución Mexicana son las dos antorchas inextinguibles que iluminarán el porvenir si sabemos conjugar constructivamente esos dos hechos concretos, profundamente incorporados en el alma y la historia nacionales”. Ya anteriormente, había escrito a Rius Facius en esa misma línea:

No hay razón doctrinaria ni táctica para perpetuar la pugna irreconciliable entre la Iglesia Católica y el régimen revolucionario mexicano. Esa pugna se mantiene por intereses políticos disfrazados de amor a la Iglesia y tratando de utilizar esta con perjuicio evidente para ella.

Esta postura sincrética le llevó a constantes enfrentamientos –que no evadía–, con intelectuales y columnistas, tanto del bando católico como del revolucionario. Con los primeros, son célebres sus diatribas con Jesús Guiza y Azevedo, quien para refutarlo le dedicó un libro completo. Quedan para trabajos posteriores esas controversias, pues no forman parte del objetivo de esta investigación.

El cambio de posicionamiento de Capistrán se dio en el contexto de un reacomodo en las relaciones entre el Estado mexicano y la jerarquía católica. Un *modus vivendi* pactado en 1929 y que, de hecho, no sería sino hasta el gobierno de Ávila Camacho

que comenzara a plasmarse de lleno en un doble compromiso: por parte del gobierno, la no aplicación de las leyes que obstaculizaran la labor de la Iglesia; por parte de jerarquía, la desautorización, cuando no condena, de los actores católicos que buscaran servirse de la religión para lograr cambios políticos a través de la resistencia armada. En estas circunstancias, mientras que un grupo de ex miembros de la Liga fundó en 1940 una agrupación llamada “Integrismo Nacional” para desde ahí seguir combatiendo lo que consideraban serias amenazas para la religión católica, Capistrán Garza marcó su distancia e inició, justo en este tiempo, un camino distinto que lo llevó a segregarse de la mayor parte de sus antiguos correligionarios. Un camino también diferente al acomodo que la jerarquía católica había optado por razones de practicidad –o de imperiosa necesidad– a las políticas gubernamentales, pues, en el caso de Capistrán, no fue el cese de la beligerancia de los gobiernos cada vez más conservadores emanados de la Revolución lo que gestó su transformación, sino sobre todo un convencimiento profundo de que las tesis que tanto la Revolución como la Iglesia católica postulaban en materia social estaban hermanadas.

Consideraciones finales

Los escritos autobiográficos, entre ellos, cartas como la que escribió a Rius Facius en 1959, nos permiten conocer a fondo las motivaciones de René Capistrán Garza, tanto en su etapa de contrarrevolucionario como en la de “armonizador” de los principios católicos con aquellos de la Revolución.

En ellos, muchas veces se encuentran pasajes de autocrítica en los que reconoce algunos errores y los atribuye, en parte, a su juventud. Por ejemplo, a propósito de su nombramiento como jefe civil del movimiento cristero y embajador plenipotenciario de la Liga y ante la jerarquía y el gobierno de Estados Unidos, señala: “Mi error y responsabilidad gravísimos consistieron en haber cedido, por vanidad y amor propio a las instancias de la Liga para que aceptase las dos decisiones”.

La crítica que hacía a las posturas extremistas de algunos grupos contrarrevolucionarios, a partir de su transformación en un decidido defensor de la Revolución, tiene el mérito, si cabe esta expresión, de ser hecha por alguien que fue primeramente un convencido sostenedor de esos postulados.

Su admiración por la Revolución, por otro lado, parte, según explica él mismo, de que esta fue capaz de implantar en la sociedad los postulados cristianos en materia de justicia social, aunque haya sido a fuerza de latigazos.

Su acercamiento a los planteamientos revolucionarios y su afán de mostrar la afinidad de estos con la doctrina católica, no obstante su intención de aproximar a las partes en pugna, no fue bien recibido por sus antiguos correligionarios y por un gran número de católicos que, durante años, siguieron viendo trasfondos socialistas y ateos en todo lo que se llamara revolucionario y, en René, simplemente a un traidor, cuando no a un vendido. Quizá su fracaso para obtener ese acercamiento se debió, en buena parte, a los métodos que utilizaba para fustigar a quienes no compartían

su nuevo punto de vista, esto es, la exposición apasionada de sus argumentos y el modo poco empático de referirse a sus adversarios que, por otro lado, eran los mismos métodos que antaño había empleado para atacar la Revolución.

Con todo, algunas de sus apreciaciones en torno a lo que realmente originó una pugna de tanto tiempo entre el Estado y la Iglesia católica, son especialmente rescatables para evitar en lo sucesivo ese tipo de enfrentamientos, esto es, no dar un peso inconmensurable a situaciones que son pasajeras y accidentales, sino privilegiar el camino del diálogo, mejor que buscar tensar la situación hasta el punto de que el contrario tenga que rendirse. Un legado que permanece vigente.

Bibliografía

- Aspe Armella, María Luisa. La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, 1929- 1958. México: Universidad Iberoamericana, 2008.
- Bailey, David C. Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico. Austin & London: University of Texas Press, 1974.
- Blancarte, Roberto. Historia de la Iglesia Católica en México 1929-1982. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Blanco Ribera, Carlos. Mi contribución a la Epopeya Cristera. Una época terrible y tormentosa. Guadalajara: Asociación Pro-Cultura, 2002.
- Campos López, Xóchitl Patricia y Velázquez Caballero, Diego Martín (Coords.). La derecha mexicana en el siglo XX. Puebla: BUAP-PROFMEX, 2017.

- Capistrán Garza, René. Andanzas de un periodista y otros ensayos. México: Atisbos, 1958.
- Capistrán Garza, René. La Iglesia Católica y la Revolución Mexicana. Prontuario de ideas políticas. México: Atisbos, 1964.
- Cárdenas Ayala, Elisa. Roma. El descubrimiento de América. El Colegio de México: Ciudad de México, 2018.
- Carreño, Alberto María. El arzobispo de México, Excmo. Sr. Don Pascual Díaz y el conflicto religioso. México: Imprenta Renacimiento, 1932.
- Julian Dodson. Fanatics, Exiles and the Mexico-U.S. Border: Episodes of Mexican State Reconstruction, 1923-1929. Albuquerque: University of New Mexico (tesis), 2015.
- González Morfín, Juan y Soberanes Fernández, José Luis. “El control de ministros de culto religioso por la autoridad civil en la Constitución de 1917”. Revista Mexicana de Historia del Derecho 33 (2016), 141-171. <https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/historia-derecho/article/view/11107>
- González Morfín, Juan. “El general Ángel Flores y el apoyo de los católicos para su campaña a la presidencia de la República en 1924”. Nóesis 30 (2021), 120-137. <https://erevistas.uacj.mx/ojs/index.php/noesis/article/view/3701>
- González Morfín, Juan. “El pensamiento de Miguel Palomar y Vizcarra: acción cívica y catolicismo intransigente en una carta de 1924”, Revista de Historia de América 163 (2022), 449-473. <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam/article/view/1133/2766>
- Gorostieta, Enrique. Cartas de Enrique Gorostieta a su esposa Gertrudis Lasaga. Dos regiomontanos ilustres. Monterrey: UANL, 2012.
- Gutiérrez Casillas, José. Historia de la Iglesia en México. México: Porrúa, 1981.

- Guiza y Azevedo, Jesús. Los católicos y la política. El caso de Capistrán Garza. México: Polis, 1952.
- Hernández Vicencio, Tania. Revolución y Constitución. Pensamiento y acción política de Miguel Palomar y Vizcarra. *Historia y Grafía* 42 (2014), 159-192. <https://www.revis-tahistoriaygrafia.com.mx/index.php/HyG/article/view/68>
- Hurtado Razo, Luis Ángel. Diferentes agrupaciones católicas de derecha en el siglo XX en México. México: SOMEE-IE-DF, 2014.
- José Valenzuela, Georgette, “Campana, rebelión y elecciones presidenciales de 1923 a 1924 en México”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 23 (2002), 55-111. <https://moderna.historicas.unam.mx/index.php/ehm/article/view/3051>
- Lira Soria, Enrique. Miguel Palomar y Vizcarra. Católico militante (1880-1968). Guadalajara: DEHAG, 2010.
- Martínez, Austreberto. “Rene Capistrán Garza”, en Aguirre Cristiani, et al., María Gabriela. *Diccionario de Protagonistas del Mundo Católico en México siglo XX*. UAM: Ciudad de México, 2021, 102-105.
- Meyer, Jean. *La cristiada 1. La guerra de los cristeros*. México: Siglo XXI, 1973.
- Meyer, Jean. *La cristiada 2. El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926/1929*. México: Siglo XXI, 1973.
- Meyer, Jean. *La Iglesia Católica en México 1929-1965*. México: CIDE, 2005).
- Meyer, Jean. *Si se pueden llamar arreglos... Crónica del conflicto religioso en México, 1928-1938*. Ciudad de México: CIDE, 2021.
- Negrete, Marta Elena. Enrique Gorostieta. Cristero agnóstico. México: Universidad Iberoamericana – Ediciones El Caballito, 1981.

- Negrete, Martaelena. “Enrique Gorostieta: un cristero agnóstico”, *Estudios Jaliscienses* 13 (1993), 33-47. <http://www.estudiosjaliscienses.com/wp-content/uploads/2019/08/Estudios-Jaliscienses-núm.-13.pdf>
- Olivera Sedano, Alicia. Miguel Palomar y Vizcarra y su interpretación del conflicto religioso de 1926 (Entrevista). México: INAH, 1970.
- Olmos, Evaristo. La Liga nacional defensora de la libertad religiosa en el conflicto religioso mexicano (1925-1929). México: Lina Delir, 1991.
- Plasencia de la Parra, Enrique. “El exilio delahuertista”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 43 (2012), 105-134. <https://moderna.historicas.unam.mx/index.php/ehm/article/view/32068/29537>
- Rius Facius, Antonio. La Juventud Católica y la Revolución Mexicana. México: Jus, 1963.
- Rius Facius, Antonio. Bernardo Bergöend S.J., guía y maestro de la juventud mexicana. México: Tradición, 1972.
- Rius Facius, Antonio. Méjico cristero, Vol. II. Guadalajara: Asociación Pro-Cultura, 2002.
- Solis, Yves. “El origen de la ultraderecha en México: la «U»”. *El cotidiano* 23 (2008), 25-38.
- Valvo, Paolo. Pio XI e la Cristiada. Fede, guerra e diplomazia in Messico (1926-1929). Brescia: Morcelliana, 2016.